

AMALIA MACEDA RUBIO

Directora del Departamento de Geografía. Universidad de Oviedo

Francisco Quirós. El geógrafo, el maestro, el amigo

ESTE libro, que presento en nombre del Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo, es un homenaje al profesor Francisco Quirós Linares con motivo de su jubilación como Catedrático de esta Universidad. Su edición es una iniciativa de nuestro Departamento a la que se han sumado los departamentos de Historia e Historia del Arte, el Decanato de la Facultad de Geografía e Historia y la propia Universidad de Oviedo. Recoge una selección de trabajos del profesor Quirós, que corresponden a distintas épocas (el más antiguo fue publicado por primera vez en 1960 y el último en 2004), y versan sobre una temática geográfica variada, constituyendo por ambas razones una muestra significativa de su labor investigadora que ya ha alcanzado el medio siglo de andadura.

En 1955, con apenas veintidós años y sin haber comenzado aún a ejercer como profesor universitario, publicó sus primeros trabajos en *Estudios Geográficos*, iniciando una colaboración regular con la revista que acogió la mayor parte de su obra de investigación hasta principios de la década de 1970. De ese período destacaré dos de los artículos seleccionados. Uno es el que abre cronológicamente este libro, sobre el proceso de industrialización de Getafe, publicado en 1960, que inaugura la que acabaría siendo una larga serie de investigaciones y publicaciones sobre el proceso urbanizador y los espacios urbanos españoles y contiene, muy tempranamente, uno de los rasgos que mejor caracteriza toda su obra: la perfecta y precisa utilización de la palabra escrita y el uso de un lenguaje cartográfico acertado y cuidadoso como instrumentos imprescindibles,

ambos, para transmitir con claridad el conocimiento y las ideas geográficas. El otro es el que trata de la desamortización en el Valle de Alcudia y Campo de Calatrava, procedente de un capítulo de su Tesis Doctoral y publicado como artículo en 1964; en este caso, porque constituía entonces una novedad abordar el proceso de la Desamortización en términos de cuantificación del fenómeno y de medición de sus efectos.

Las citas anteriores constituyen una muy pequeña muestra de la aportación geográfica de Francisco Quirós en la primera mitad de su vida profesional, que en buena parte de su recorrido coincide con el desarrollo de una actividad docente necesariamente intensa. Pero sirven para dar cuenta de la diversidad temática de su obra inicial y del carácter innovador de algunos de aquellos estudios, sin poder obviar aquí que también practicó anticipadamente una Geografía aplicada, participando en los años sesenta, junto a D. Manuel de Terrán y otros geógrafos de su escuela, en un buen número de informaciones urbanísticas, que se reseñan en detalle en la relación completa de sus publicaciones incluida en este volumen.

Si hasta 1980, aproximadamente, Quirós publica buena parte de sus trabajos en *Estudios Geográficos*, desde esa fecha su nombre está estrechamente unido a otra publicación periódica que en esa fecha se comenzó a editar en Oviedo. Me refiero, claro, a la revista *Ería*, creada por él, a la que ha dedicado no pocos esfuerzos y que con seguridad ha llegado a convertirse en una de sus obras más queridas.

Imposible imaginar entonces que aquel sencillo y artesanal «instrumento colectivo», como la concibió su director («Presentación», *Ería* nº 1, 1980), pudiera llegar al estadio de madurez que ha alcanzado y a convertirse, veinticinco años más tarde, tal vez en la mejor revista geográfica del país. No es lugar éste para detenernos en detallar las incomprensiones y los obstáculos que en más de una ocasión amenazaron seriamente su continuidad, pero sí lo es para reconocer que si *Ería* superó las dificultades fue gracias al convencimiento de D. Francisco Quirós sobre su utilidad y su necesidad, y a su empeño en consolidar la que para él y para el resto de los profesores del Departamento es «la revista». No ahorró para ello gestiones, negociaciones ni argumentos ni, porque lo creyó de justicia, se dejó en el tintero la denuncia, en forma de advertencia inserta en varios números:

«esta revista no está subvencionada por ninguna entidad pública ni privada, y se publica a costa del profesorado de la Sección de Geografía de la Universidad de Oviedo».

Quien concibió, creó, mantuvo contra viento y marea, dirigió y perfeccionó la revista hasta hacer de ella lo que es hoy *Ería* ha de sentirse satisfecho con su obra, aún cuando esa satisfacción ha estado y sigue estando preñada de una intranquilidad permanente por el resultado final de cada nuevo número. Todos sabemos de tal preocupación, que en alguna medida ha de verse aliviada por la colaboración con el director, más estrecha en esa tarea, por parte de algunos compañeros, como Berta López y Felipe Fernández, y por el buen hacer cartográfico de José Luis Seoane.

Este libro recoge el primero y el último, hasta ahora, de sus trabajos publicados en *Ería*, que son, respectivamente «El puerto de Gijón», en el nº 1, y «La contribución de Bory de Saint-Vincent (1778-1846) al conocimiento geográfico de la Península Ibérica. Redescubrimiento de una obra geográfica», hecho en colaboración con Juan Carlos Castañón e inserto en el último número de 2004. Entre ellos median otra veintena de aportaciones en «la revista».

Pero no se agota en *Ería* la labor de Francisco Quirós en los últimos veinticinco años. En 1983 participó activamente en el nacimiento de la revista *Ástura*, de temática asturiana, de cuyo consejo de redacción forma parte desde los inicios y en la que lleva publicados varios trabajos; de entre ellos se ha seleccionado para este homenaje el realizado en colaboración con su mujer Asunción García Prendes «El balneario de Las Caldas. Salud, ocio y sociedad en la Asturias del siglo XIX»;

por otro lado, han sido frecuentes sus contribuciones a libros colectivos, la mayor parte de ellas sobre las ciudades y los paisajes urbanos, que también tienen aquí su muestra.

No han tenido cabida, en cambio, los trabajos de mayor extensión entre los que cabe citar, por ser de sobra conocido y contar con el reconocimiento que su importancia merece, el publicado en 1991 por la Editorial Ámbito sobre *Las ciudades españolas a mediados del XIX*. Ni pueden estar aquí sus inestimables contribuciones, éstas inmateriales, de empuje (a veces de empujón) y decisión, para que el pequeño grupo de profesores del Departamento de Geografía consiguiese realizar bajo su dirección una *Geografía de Asturias* editada entre 1982 y 1984, modélica en su época, a la que tiempo después, ya en 1998, seguiría, también como trabajo colectivo, el *Atlas Geográfico de Asturias* codirigido por Francisco Quirós y Gaspar Fernández Cuesta y, más recientemente aún, y con la misma codirección, el *Atlas Geográfico de España*, proyecto de gran envergadura, cuya publicación se prevé inmediata.

Francisco Quirós tomó posesión de su plaza en Oviedo en marzo de 1969, aunque su incorporación efectiva tuvo lugar a principios del curso 1970-71 tras disfrutar de una comisión de servicios en La Laguna, su anterior destino, al que había accedido en 1967 al obtener una Cátedra de Geografía. Allí hubo de comenzar por intentar paliar la carencia de medios en la que se venía desenvolviendo la enseñanza de la Geografía, lo que sólo consiguió en la parte que le permitieron las quinientas mil pesetas que, previa petición, concedía el Ministerio para las cátedras de nuevo funcionamiento. Aunque permaneció sólo tres años en La Laguna, ese tiempo resultó suficiente como para superar la estancia media en una Universidad poco atractiva entonces para el profesorado numerario de origen peninsular y, sobre todo, fue suficiente para hacer buenos amigos, como el que se cita en los últimos párrafos de este texto, y para conseguir reunir un núcleo considerable de discípulos. Algunos de éstos, tras su marcha, permanecieron en Canarias y otros aprovecharon las posibilidades que les brindaron distintos departamentos de Geografía de universidades peninsulares; entre los últimos, Ramón Pérez y Concepción Criado acompañaron a Quirós en su «muda» a Asturias, además de Emilio Murcia, que para ello obtuvo su traslado como funcionario de Hacienda, y un todavía estudiante Guillermo Morales.

La Universidad de Oviedo a la que llegó Francisco Quirós era, como la canaria, y utilizando sus propias



En el claustro de la Universidad de Oviedo el día de la lectura de la lección inaugural del curso 1990-1991. De izquierda a derecha, Diana Romero, Miguel Ángel de Blas (Dpto. de Prehistoria), José Luis Seoane (delineante), Marién Madera, Francisco Quirós, Inés Illán (Dpto. de Clásicas), Berta López, Felipe Fernández, Tomás Cortizo, Amalia Maceda, Manuel Sendín, Manuel Maurín y Fermín Rodríguez; agachados, Guillermo Morales y Ramón Alvargonzález.

expresiones (*La función universitaria de Oviedo*, Oviedo, 1977), «poco apetecible» para retener otro profesorado que no fuera el originario de la propia región o de provincias limítrofes. Se trataba, como la de La Laguna, de una Universidad «de paso» que en Geografía había contado con anterioridad, y por el orden temporal en el que se citan, con D. Antonio López Gómez, D. Manuel Ferrer Regales, y D. Juan Benito Arranz, que ocuparon plazas por períodos de tiempo desiguales pero siempre relativamente cortos, quedando periódicamente las asignaturas de Geografía a cargo de profesores de las más variadas especialidades ajenas a nuestra disciplina, con la excepción de D. José Manuel Rubio Recio y, ya a finales de la década de los sesenta, de Rosario Piñeiro y M^a José Martínez que mantuvieron una dedicación a la Geografía duradera, sobre todo la primera de ellas, ya que «Coté» hace tiempo que reorientó su actividad hacia una esfera profesional distinta a la ense-

ñanza. La permanente provisionalidad del profesorado se había traducido, también aquí, en la escasez de recursos a disposición de profesores y estudiantes y, como en La Laguna, hubo de acudir a la ayuda extraordinaria del Ministerio para hacerse con los medios imprescindibles al ejercicio de la docencia.

Nuestro Departamento no consiguió perder del todo esa condición de lugar de paso. Ramón Pérez, Concepción Criado y Guillermo Morales retornaron a Canarias y, por distintas razones, tampoco pudo retener por mucho tiempo a Julio Muñoz ni a Manuel Frochoso, llegados a Oviedo durante la década de 1970. Francisco Quirós representa, en ese sentido, una excepción; prácticamente ha pasado aquí la mitad de su vida, dedicando un generoso esfuerzo a la formación del Departamento de Geografía, del que fue director, casi ininterrumpidamente, desde su llegada a esta Universidad hasta poco antes de su jubilación.



En Candelario, durante una excursión para profesores de Enseñanza Media organizada en 1994 por Fermín Rodríguez.

Cuando el profesor Quirós se incorpora a la Facultad de Filosofía y Letras ésta, con una sección de Historia recién estrenada, se acomodaba a su nueva ubicación en el antiguo convento de San Vicente, su sede hasta 1983. Allí impartió clases de Geografía a la mayor parte de los actuales componentes del Departamento y en aquella sede el reducido núcleo formado inicialmente por M^a José Martínez y los tres profesores llegados de La Laguna, ampliado inicialmente con Emilio Murcia y Guillermo Morales, fue experimentando crecimientos sucesivos hasta convertirse, catorce años después, en un equipo de diecisiete miembros, muchos de ellos procedentes ya del plan de estudios de 1976, que

habían cursado dos años de la especialidad en Geografía y contaban, por lo tanto, con una buena formación en la disciplina desde el momento mismo de la obtención del título. Al menos, en términos comparativos con quienes proveníamos de la Licenciatura en Filosofía y Letras, Sección de Historia, que con cuatro asignaturas de Geografía en la carrera, hubimos de adquirir la formación en la práctica profesional cotidiana.

De distintas promociones de la Licenciatura en Filosofía y Letras nos fuimos incorporando al Departamento, primero Tomás Cortizo y yo misma, y algo más tarde Aladino Fernández, Ramón Alvargonzález y Jesús Antonio Pérez. La siguiente en llegar, y primera de la Licenciatura en Geografía e Historia, Sección de Geografía, fue Berta López, a la que pronto siguió el grupo formado por Gaspar Fernández, Sergio Tomé, José María Rozada, Manuel Maurín y Manuel Sendín, y después el de Felipe Fernández, José Ramón Fernández, Juan Carlos Castañón y Fermín Rodríguez.

El crecimiento posterior sería mucho más lento y estuvo representado por Diana Romero, Encarnación Madera, Miguel Ángel Poblete y Carmen Rodríguez, además de por los profesores de la E. U. de Magisterio que en su momento se adscribieron al Departamento: Rosario Piñeiro, antes mencionada, Ángeles Pérez, Alberto Rodríguez, M^a Dora Bermúdez y M^a Carmen Fernández.

Alfonso Rodríguez Samaniego es desde hace varios años el administrativo del Departamento de cuya plantilla forman parte, como delincentes, José Luis Seoane y Alfonso Camblor.

A los nombres de profesores que dejaron el Departamento tras una vinculación al mismo, ya citados, hay que añadir los de José María Rozada y Diana Romero y también el de Víctor Fernández Salinas, ahora profesor en la Universidad de Sevilla, que inició en Oviedo el disfrute de su beca de investigación. El mejor recuerdo es para Emilio Murcia, Jesús Antonio Pérez y M^a Carmen Fernández, fallecidos.

La rápida multiplicación del profesorado en los primeros años, de escala similar al crecimiento de las necesidades docentes, pero no a la del espacio disponible, muy reducido, acabó generando una situación de hacinamiento y de condiciones de trabajo verdaderamente lamentable que, superada por el traslado de la Facultad, ya de Geografía e Historia, a un nuevo edificio, era descrita por D. Francisco Quirós, con la franqueza y la rotundidad que lo caracterizan, en los términos que se reproducen:



En el XVII Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles, celebrado en Oviedo en 2001, con Aladino Fernández, Gaspar Fernández Cuesta, Amalia Maceda y Rocío Silva (Dpto. de Sevilla).

«Los catorce años pasados en San Vicente han representado catorce años de detestables condiciones de trabajo y de angustia permanente. En ese edificio el Departamento de Geografía (sección desde 1976), disponía inicialmente de dos despachos y un seminario que sumaban 82,8 m²; es decir, el espacio de un piso medio. En los últimos años se añadió un tercer despacho (¡el del Decano!), con lo que alcanzamos 106 m². Disponer de tres despachos para 17 profesores obligaba a utilizar para ese fin el seminario e incluso algún profesor tenía que resignarse a trabajar en la mesa de lectura, la cual no contaba sino con 16 asientos para una matrícula que en el conjunto de las asignaturas de Geografía superaba los 1.000 alumnos. Estanterías, archivadores, máquinas, microordenador, guardaplanos, proyectores, mapas murales y estereoscopios se amontonaban con tan angustiosa falta de espacio y tan abigarrada mezcolanza de objetos que hacía imposible mantener un orden mínimo y convertían en inencontrables mapas, libros y materiales. En noviembre de 1983 el 49,2% de la superficie estaba ocupada por objetos o muebles diversos, de tal modo que añadiendo el espacio de apertura de archivadores, guardaplanos, armarios, puertas y ventanas, a algunas de las cuales se accedía con dificultad, apenas quedaba espacio libre» («Nueva instalación de la Sección de Geografía», *Ería* n° 6, 1984).

No se dude de que esas eran, exactamente, las circunstancias en las que desarrollábamos nuestra actividad. Pero tampoco se dude de que aquel era ya un buen equipo que «el jefe» había conseguido formar, de la nada, en los mismos catorce años escasos; y créase que aquellas desfavorables condiciones no le impidieron levantar, poco más que desde cero, una biblioteca bien dotada y organizada, un fondo de fuentes estadísticas, en algunos casos excepcionales, y, de manera destacable, una cartoteca que no ha dejado de crecer ni de ser atención destacada del profesor Quirós. Insistiré luego en resaltar la importancia de tal patrimonio, pero antes

diré que el acumulado hasta entonces encontró un mejor y más ordenado acomodo en el edificio de la zona de El Cristo al que nos trasladamos en 1983. En 1991 el último cambio de domicilio nos trajo al antiguo cuartel del regimiento Milán, ahora Campus de Humanidades, en el que la Facultad de Geografía e Historia comparte espacio con las de Filosofía y Filología. Como al principio del viaje. Aquí ha llegado también el voluminoso microordenador que Quirós menciona, que allá por 1975 cuando fue adquirido, suponía una incorporación instrumental verdaderamente novedosa.

Apunté más arriba que D. Francisco Quirós había dedicado un esfuerzo generoso a la formación del Departamento de Geografía de Oviedo. Ha de entenderse, desde luego, que se incluye ahí, como parte fundamental, la formación del equipo humano que lo compone. Pero además, y en otro orden de cosas, ha mantenido un empeño constante en la constitución de fondos bibliográficos y documentales que constituyen un patrimonio de valor incalculable. No se trata sólo de la atención, más obligada, a las novedades bibliográficas o cartográficas, o de la adquisición de libros relacionados con los intereses específicos o las necesidades concretas de los miembros del Departamento. Se trata, sobre todo, del interés puesto para adquirir y completar series de estadísticas históricas y de revistas geográficas (*Estadística Minera*, *Revista Minera*, *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, *Bibliographie Géographique Internationale*, *Diccionario de P. Madoz*, *Estudios Geográficos...* y, si cabe, de manera más destacada, las excepcionales colecciones de censos y no-

menclátoreas reunidas), a las que puntualmente se han venido añadiendo las nuevas series estadísticas españolas y las revistas geográficas de nacimiento más reciente, adquiriendo los fondos de nuestro Departamento una suerte de profundidad temporal que los convierte en particularmente valiosos. Y del acopio de material cartográfico, adquirido con el mismo carácter sistemático (ediciones del MTN 1:50.000, del 1:25.000, Mapa Geológico, Mapa de Cultivos y Aprovechamientos, Mapa forestal...) para el conjunto de España, además de colecciones de fotografía aérea de distintos años y de diferentes organismos, estas últimas limitadas en cobertura a nuestra región, y de numerosos Atlas.

A nadie se le oculta lo que de dedicación entregada y permanente tiene esa labor, en la que el Profesor Quirós se empeñó durante todo este tiempo, y a cuyos buenos resultados contribuyó resueltamente su conocida afición a las librerías anticuarias. Si su aportación se hubiera limitado a la constitución de tan valioso conjunto, sería por sí sola suficiente para recibir un reconocimiento merecido. Sepa, al menos, de la gratitud de quienes conocimos la intensidad y generosidad de su labor.

En estos años ha publicado una relación extensa de trabajos sobre Asturias. No procediendo entrar a una enumeración detallada de los mismos, únicamente señalaré que esa relación se abre con un artículo sobre «Los oficios y profesiones en los inmigrantes de Cangas del Narcea en Madrid antes de la guerra civil», de 1971; que en ella figuran trabajos con los que se inicia la investigación geográfica sobre las ciudades y los espacios portuarios asturianos, por mencionar sólo dos de las líneas que han tenido luego una notable continuidad en nuestro Departamento; y que contiene algunas magistrales síntesis geográficas sobre el espacio regional asturiano.

Y a él se debe el mérito de la organización en Oviedo del IV Coloquio de Geografía, patrocinado por la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias y celebrado en octubre de 1975; por la nutrida asistencia que consiguió reunir, porque inicia la etapa de la celebración periódica, bianual, de los coloquios, y porque en él nació la Asociación de Geógrafos Españoles (de cuya primera Junta Directiva Francisco Quirós fue Secretario), la importancia del IV Coloquio ha sido ya justamente reconocida.

Hablando de las condiciones que se dieron en aquel encuentro para que surgiera la idea de constituir la AGE, Josefina Gómez Mendoza destaca el papel ejercido por Quirós («el prestigio de Quirós») como puente entre los

maestros de la Geografía española y las nuevas generaciones de geógrafos («La geografía española: final y principio de capítulo», *Actas de XVII Congreso de Geógrafos Españoles*, Oviedo, 2001). Tengo para mí que a raíz de aquel evento de 1975 «Paco Quirós», como se refieren a él quienes le tutean, entró en el grupo de los geógrafos con mayor autoridad de nuestro país. Veinticinco años después, al celebrarse, de nuevo en Oviedo, el XVII Congreso de la AGE, en cuya organización, junto a él, tuvo un destacado papel Fermín Rodríguez, su condición de maestro de la Geografía española resultaba indiscutible. Estaba entonces ya próximo a la jubilación, a punto de cerrar la etapa de su vida como profesor, a cuyos inicios hemos de referirnos aún.

Francisco Quirós Linares nació en Zamora en 1933, pasó algunos años en Zaragoza y en 1947 llegó a Madrid, donde estudió e inició su actividad como docente e investigador, permaneciendo en esta ciudad hasta 1967, en que, como antes se ha dicho, ocupó la Cátedra de La Laguna.

El contacto temprano con algunos libros de Historia de la casa familiar, que le resultaban accesibles para satisfacer su precoz afición a la lectura, produjo enseguida en él un gran interés por la disciplina histórica; por influencia de las ilustraciones de aquellos libros, el interés se fue concretando más específicamente en la Arqueología y en el lenguaje de las formas arquitectónicas. Convencido, sin duda, de satisfacer tal vocación, inició los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid y siguió la especialidad de Historia; pero ya cercano a la finalización de la carrera, alguna decepción relacionada con sus antiguas aficiones lo inclinó a reorientar su formación y a realizar una Tesis de Licenciatura de Geografía.

De acuerdo con D. Manuel de Terán, desarrollaría un estudio sobre la cuenca minera de Puertollano, donde su hermano trabajaba como ingeniero en la construcción de la refinería de pizarras bituminosas, y esa circunstancia representaba la posibilidad de estancia en la zona de estudio. Inicialmente desorientado por la carencia tanto de un modelo en el que inspirarse como de un método que seguir, consiguió que su trabajo llegara a buen fin gracias, en principio, a la información que obtuvo en el Ayuntamiento de Puertollano pero, sobre todo, al descubrimiento de la *Revista Minera* y de la *Estadística Minera* en la Biblioteca Nacional de la que era un asiduo usuario.

Aquella orientación hacia la Geografía no tuvo retorno, pero no resultaría exacto decir que ello supuso el



De excursión, en el mazo de Teixois, con los alumnos de la promoción de 2003.

olvido de su primera vocación. De la lectura de su obra se deduce fácilmente la importancia que concede al conocimiento de los procesos históricos en la interpretación de las realidades espaciales.

Terminada su Tesina se incorporó al Instituto Elcano, del C.S.I.C., aunque su vinculación administrativa al Instituto se retrasaría hasta 1961, y recibió algunas «herencias» de compañeros que, algo antes que él, y también de la mano del profesor Terán, habían orientado su actividad profesional hacia la Geografía. De D. Jesús García Fernández heredó la condición de colaborador en la edición de la revista *Estudios Geográficos*, siendo secretario de la misma D. Manuel de Terán; de D. Ángel Cabo recibió la participación en la redacción del *Diccionario Geográfico de España* que fue publicado entre 1956 y 1961 y el encargo de impartir clases de Geografía en un colegio madrileño, del que paso pronto al Instituto Ramiro de Maeztu y de aquí al Liceo Francés. A toda esta actividad, a la que hay que añadir la correspondiente a la realización de la Tesis Doctoral, sumó, desde 1957, la de profesor de la Universidad Complu-

tense, primero como Ayudante, luego como Encargado de Curso en las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas, y más tarde como Profesor Adjunto, hasta 1967 en que obtuvo la Cátedra de Geografía.

En la realización de su Tesis hubo de abandonar algún proyecto inicial por falta de la información necesaria para llevarlo a cabo, optando finalmente por un estudio de geografía regional sobre «El Campo de Calatrava» con el que se doctoró en 1964. De sus estancias veraniegas en el espacio de estudio conserva D. Francisco Quirós un buen repertorio de recuerdos en los que entran mapas engañosos, bicicletas con cadenas rotas y alivios del calor con refrescos de zarzaparrilla. Y un buen conocimiento de los comportamientos caciquiles responsables de no pocas penurias para las gentes de aquella comarca.

Una vida profesional larga y extensa, en suma, y fértil en todas sus facetas, entre las que dejar de resaltar la actividad docente significaría no solo no hacer justicia al profesor escrupuloso y brillante sino también olvidar a las numerosas y durante muchos años nutridas genera-



En Soria, durante el curso de paisaje de julio de 2005, con (de izquierda a derecha) Nicolás Ortega Cantero, Josefina Gómez Mendoza y Eduardo Martínez de Pisón.

ciones de estudiantes que pasado el tiempo continúan reconociéndose como «alumnos de Quirós». Y tanto más si nos referimos a los últimos cursos en que los mucho menos numerosos alumnos de la Licenciatura de Geografía han podido disfrutar de quien, a menor distancia, añade al rigor y profundidad de sus explicaciones una buena dosis de seducción.

Como sería omitir alguna seña sustancial de D. Francisco Quirós sin la referencia a la fácil mutación del maestro, crítico y severo cuando se trata de enjuiciar el trabajo de quienes nos formamos a su sombra, en consejero paciente y amable, cuando no en confidente discreto, y a su condición de compañero generoso a la hora de desprenderse de libros, notas de clase o materiales diversos, muchas veces fruto de su trabajo personal, que intuye de interés para la docencia o la investigación de cualquier miembro del Departamento.

Los que lo conocemos de cerca sabemos hasta qué punto le resulta ajeno cualquier interés por la posible notoriedad de un cargo, y sabemos también de su permanente resistencia a la participación en ceremoniales y liturgias. Pero igualmente nos consta su sentido de la responsabilidad y del compromiso. Y fueron éstos los que le llevaron, primero, al Vicedecanato de la Laguna y, más tarde, al Vicedecanato y al Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de Oviedo, función la última, de Decano, que desempeñó durante un año escaso

entre 1975 y 1976. No hace falta argumentar sobre la alta dosis de sacrificio personal y de compromiso en la aceptación de tales responsabilidades, ejercidas desde una posición antifranquista, en aquellos últimos años de la dictadura en los que la rebeldía y la politización universitarias crecían casi a la par que arreciaba la represión (o viceversa) y las autoridades académicas, sin excusa, tenían que optar entre amparar la lucha por las libertades, o colaborar con el aparato represor. Desconozco el grado de tranquilidad con que pudiera ejercerse el cargo universitario desde la segunda opción, pero supe de las agitaciones permanentes que acompañaron a Quirós en el Decanato, hasta presentar su cese. Si optáramos por utilizar meras insinuaciones diríamos ahora, sin faltar a la verdad, que estamos ante una persona de principios y de comportamientos acordes con sus convicciones; pero, sin eufemismos, hemos de hablar de una persona de izquierdas que ni antes escondió su ideología ni después alardeó gratuitamente de ella; simplemente ha procurado y procura guiar su conducta de manera coherente con sus ideas. Ahí está la reconocida honestidad de Francisco Quirós.

Respecto a la antes señalada resistencia a participar en ceremoniales y liturgias, basta con leer los párrafos iniciales de su lección inaugural en la apertura de curso 1990-1991, que va incluida en este libro, para conocer a un Francisco Quirós que, cumpliendo responsable-

mente con obligaciones académicas de carácter protocolario, expresa sin el menor disimulo la nada favorable opinión que tal ritual le merece.

Finalizamos con una última referencia a su «Obra selecta» y nos detenemos brevemente en dos artículos que versan sobre hechos del siglo XIX: «La lluvia ácida en Riotinto. En el centenario de un conflicto medioambiental» y «Política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)».

El primero trata de un conflicto medioambiental generado por la contaminación atmosférica («el mayor episodio de contaminación ambiental de la historia de España», dice su autor) producida por la calcinación de las piritas al aire libre. En él leemos que

«... las empresas. (...) respecto a los perjuicios causados a intereses a terceros, optaron por hacer frente a ellos en las condiciones económicas más ventajosas posibles; en cuanto a los daños causados a la salud de sus obreros, simplemente hicieron caso omiso negando su existencia. (...) se argumentaba que, aunque existían métodos alternativos, su aplicación a los minerales mas pobres resultaba económicamente inviable»

y que, ante las exigencias de la administración sobre implantación de procedimientos menos perjudiciales para la agricultura y para la salud, las compañías mineras adoptaban posiciones que oscilaban entre la táctica argumental sobre la falta de demostración fehaciente de la nocividad de la calcinación y de los gases sulfurosos, y la actitud amenazante de abandono de la actividad.

Por el segundo conocemos el trasfondo de una reforma urbanística pretendidamente ornamental. Analiza en él la operación puesta en marcha para dotar al sector de la Puerta del Sol de un nuevo valor económico y un nuevo contenido social, así como la reordenación que

permitió poner la propiedad del suelo en manos de la clase dominante, y la transferencia de dinero público (indemnizaciones, expropiaciones, urbanización, etc, pagadas por el Estado) a favor de los nuevos propietarios del suelo.

No cabe duda de que realidades como las analizadas podemos reconocerlas hoy por doquier, también en nuestro entorno más próximo, reproducidas fielmente en algunos de sus elementos y respondiendo a la misma lógica que se descubre en los citados artículos. Podríamos decir, con el anciano geógrafo de la ficción, que Francisco Quirós escribe de «cosas eternas».

El profesor Quirós nos ha dado muchas razones para el respeto, la admiración, el agradecimiento y el afecto. Para expresar el sentimiento sobre D. Francisco Quirós Linares tomo prestadas palabras con las que Gregorio Salvador, su compañero en las tareas docentes y decanales de la Facultad de Filosofía y Letras de La Laguna, además de amigo, se refería a él recordando aquella relación:

«... su solidez moral, su claridad de juicio y su buen sentido me ayudaron a sentirme más seguro en muchas decisiones comprometidas y a sobrellevar, con la firme compañía de su amistad, no pocos sinsabores» (*Un mundo con libros*, Espasa Calpe, Madrid 1996).

A esas palabras del Catedrático Emérito y Académico de la Lengua solo cabe añadir que tal reconocimiento se acompaña de una inmensa gratitud por su magisterio, su apoyo, su generosidad, su ejemplo y su amistad de todos estos años, que expreso en nombre de todos los miembros del Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo.